

LA VIDA MONACAL

Si quieres matar a un fraile, quítale la siesta o dale de comer tarde (dicho burgalés).

He visitado por tercera vez el Monasterio de Silos. Volvimos, tras un recorrido por la Rioja, no tanto por la belleza del doble claustro románico, la sala capitular, la puerta de las vírgenes, el museo, la botica o el enhiesto ciprés al que Gerardo Diego dedicó uno de los más bellos sonetos de la lengua castellana, sino para escuchar en vivo por primera vez la solemne monodia del canto gregoriano. Ignoraba que el monasterio tuviera una biblioteca con más de 160.000 ejemplares sólo accesible a los monjes o a los investigadores que lo soliciten.

Al final, lo que realmente me enganchó fue el misterio religioso de la vida monacal. Del famoso ORA ET LABORA, el lema que expresa la vocación y la vida monástica benedictina, lo que me interesó fue el primer término de la locución; por tanto, no me refiero aquí al funcionamiento mundanal del monasterio: ni a las labores internas (la distribución del trabajo entre los miembros de la comunidad: la economía, la limpieza, el mantenimiento, la cocina, la encuadernación, la alfarería, la orfebrería, el huerto y la granja, entre otras muchas); ni a las externas (la hospedería, la tienda, las grabaciones, la comunicación con los medios, las visitas de los turistas, las misas por encargo, la relación institucional de la abadía de Silos con la jerarquía eclesiástica y la Congregación Benedictina o los acuerdos legales de la orden con la comunidad autónoma de Castilla y León). Por cierto, La Abadía dispone de una estupenda página web.

Hizo esta vez de guía un monje joven, de no más de treinta años, con el hábito negro benedictino; iba sin capa y con sandalias, a pesar de la rasca que estaba cayendo a la caída de una tarde brumosa de finales de otoño. Tenía un suave acento andaluz. Al hilo de sus explicaciones sobre el significado de los relieves de los ángulos del claustro (prescindió de los capiteles), nos fue examinando entre

bromas y exageraciones sobre distintos aspectos de la religión y la liturgia católica; y, sobre todo, de la vida monacal como itinerario que va desde la toma del hábito, los votos de obediencia, castidad y pobreza, la renuncia a la vida extramuros (voto claustral), incluida la familia y la integración en una nueva familia (la comunidad de monjes), hasta el ideal del perfeccionamiento de la fe y la obtención de la salvación eterna. La llamó *El Paraíso* y tuve que morderme la lengua para no preguntarle qué entendía exactamente por *El Paraíso*. Además estaba seguro de que me hubiera contestado que el encuentro con Dios, lo cual me hubiera dejado igual. El joven insistió en el relieve de *La duda de Santo Tomás* situado en el ángulo noroeste del Claustro. La fe es un don que Dios otorga al monje en forma de llamada, pero es un camino largo, incierto y lleno de peligros. Al despedirse, nos rogó con voz queda que rezáramos por su persistencia en la fe verdadera. Llamaba la atención la espontánea bondad de su mirada. Hacía mucho que no veía algo así.

La pauta de la vida espiritual, la oración, tal y como ordenó su fundador, San Benito, se basa en la Liturgia de las Horas Canónicas que se oficia siete veces al día basándose en el libro de los Salmos ("Siete veces al día te alabaré") y obliga a los monjes a rezar en siete momentos puntuales de la jornada. Sólo es obligatorio que la comunidad se reúna en la Iglesia para celebrar las horas mayores (maitines, laudes y vísperas). Las horas menores pueden celebrarse en el lugar donde se encuentren los monjes tras interrumpir sus labores. Las oraciones están relacionadas con cada momento del día, que a su vez se vincula con las distintas etapas de la vida (sería demasiado prolijo entrar en materia): maitines (4 y media de la mañana), laudes (en torno a las 7 de la mañana), tercia (alrededor de las 9 de la mañana), sexta (a las 12 de la mañana), nona (a las 3 de la tarde), vísperas (6 y media de la tarde) y completas (entre las 8 y las 9 de la noche).

El ORA benedictino tiene que ver con la creencia en el poder y la eficacia de la oración tal y como el propio Jesucristo manifestó en reiteradas ocasiones en el Evangelio. La oración cumple una triple función: ascética en cuanto contribuye a perfeccionar la vida espiritual del monje, de apostolado para aumentar la presencia y persistencia de la fe entre los hombres y de intercesión ante Dios para pedir ayuda por las necesidades más acuciantes de la humanidad. La clausura monacal impide, por supuesto, desarrollar *labores* propiamente sociales: atención a los pobres, cuidado de los enfermos o dedicación a la enseñanza.

Nosotros asistimos a *vísperas*. Coincidió con la festividad de la Almudena en Madrid por lo que La Iglesia de la Abadía estaba llena. Mi primera decepción es que la comunidad era sólo de 27 hermanos. La segunda que sólo cantaban 10, los de la bancada de la izquierda. La tercera es que no cantaban tan bien como esperaba. Nada que ver con las espectaculares grabaciones que puedes comprar en la tienda del monasterio. Lo que me fascinó fue la pompa y circunstancia del ritual, el silencio reverencial de los asistentes, el olor a incienso, los siglos de historia que sobrevuelan los muros... Lo sagrado.

Es evidente, como reconoció con gracejo nuestro guía, que la crisis ha alcanzado también a las vocaciones. Es difícil desvelar los motivos que pueden llevar a la vida monacal. Comprendo que en la Edad Media era una forma de comer en los hijos de las familias pobres y una obligación en los hijos de las familias ricas, pero en la actualidad ambos motivos han caducado. A mí me da la impresión, mera intuición sin conceptos, que los monjes de clausura se consideran los depositarios últimos de una fe que declina, los conservadores privilegiados de una verdad universal que ha de ser mantenida en su pureza original, los intercesores auténticos entre Cristo y los hombres. Se consideran la última puerta del baluarte de la Iglesia. Son los apóstoles de una espiritualidad y una visión mística que resultan a la vez muy sencillas y muy difíciles de explicar.